Número I — Julio 7 de 1898 — Año I

PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD)



Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea,
Más allá de los mundos que perecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

Al incorporarse al movimiento iniciado en el mundo entero por la Sociedad Teosófica, de cuya Rama Argentina será el órgano *Philadelphia*, esta envía su más cariñoso saludo á todos aquellos generosos soldados de la causa de la fraternidad y del progreso, que en época tan escasa de ideales levantados, como la presente, en la que predominan las tendencias hácia los goces materiales sobre las nobles impulsiones del espíritu, se atreven á alzar con persistencia su voz, mostrando á los hombres el camino seguro que abandonan para correr detrás de fuegos fátuos que, como los que aparecen al borde de los sepulcros, solo conducen á la corrupción y á la muerte. Corrupción en las ideas, muerte en los sentimientos; tal será el legado de ese estrecho positivismo que hoy todo lo invade, todo lo perturba, alimentando las pasiones y los apetitos sensuales de las personas; es decir, la parte de nuestro individuo que nos acerca al bruto y que más lejos nos coloca del Centro á que debemos aspirar.

Philadelphia seguirá en su propaganda la huella trazada por sus demás hermanas de causa; feliz, si como ellas, consigue con sus páginas atraer hácia las filas de la Sociedad Teosófica, elementos dispuestos á sostener con el estudio

y con el ejemplo, los hermosos propósitos que esta persigue.

El nombre que ha adoptado,—pseudónimo detrás del cual se ocultaba la inteligente cuanto infortunada fundadora de la Rama Teosófica Argentina, á cuya memoria esta rinde así cariñoso homenaje,—expresa fielmente el motivo que la lanza á luz y el sentimiento que siempre palpitará intenso en sus columnas.

No persiguiendo sino un fin altruista, no procura ni necesita favores. Sabe todo el valor de la riqueza que posee en las enseñanzas de esa vastísima filosofía que el Oriente hoy nos revela, y que no hay problema para la mente humana que no abarque; de esa ciencia, vieja como el mundo, que se designa con el nombre de *Teosofía* ó Sabiduría Divina, en la que se iniciaban los sacerdotes de la antigüedad, conservándola en el secreto impenetrable de sus templos, que ninguno podía descubrir sino á costa de su vida; y la irá entregando en sus páginas al exámen de los que quieran conocerla, quienes, si en ello son movidos por un espíritu investigador y desprevenido, encontrarán allí un inmenso campo de acción y nuevos rumbos para su inteligencia que encaminarán á esta, hácia el único objetivo que le dá razón de ser: el que le indica el sentimiento.

Tendrá por colaboradores á todas aquellas personas que desde las filas de la Sociedad Teosófica se han dedicado ó se dedican con verdadero conocimiento á la difusión de esas enseñanzas esparcidas, por el esfuerzo de ellas, en un sinnúmero de libros y revistas especiales. Procediendo así, cree que será más eficaz en su propaganda y que llenará mejor el propósito que la trae á la vida.

LA DIRECCIÓN.

LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

SU ORÍGEN Y PROPÓSITOS

I

El año 1873 desembarcaba en las playas de la América del Norte, ya conocidas por ella, una mujer á quien con verdad podemos llamar extraordinaria por las condiciones especialísimas de su carácter y de su inteligencia como por los hechos curiosos de su vida, que dieron después lugar á las más apasionadas y contradictorias opiniones á su respecto.

Rusa y noble de nacimiento y dueña de una elevada posición en su país, renunció un día voluntariamente á todos los halagos que esta proporciona, desapareciendo de allí en seguida, precisamente en la edad en que los atractivos de una existencia mundana, cómoda y brillante, ejercen mayor imperio en los individuos. La independencia de su carácter,—de la que dió después tantas pruebas,—y las elevadas aspiraciones de su alma, no podían amoldarse con los estrechos convencionalismos sociales,—tanto más numerosos y ridículos cuanto más dorada es la capa del mundo en que se actúa,—y como el ave que al sentir por vez primera la potencia de sus alas, se lanza resuelta á los espacios, cifrando en la libertad su vida, así también, al sentir las poderosas intuiciones de su espíritu, se lanzó en busca de la luz que en el Oriente presentía.

Una fuerza misteriosa parece que la arrastrára hacia las regiones que primero visita el sol; y allí en la India, en ese país encantado cuya grandiosa historia se pierde trás el lejano horizonte de las edades, se la vió aparecer, después de largos y fatigosos viajes donde más de una vez fué puesta á prueba su voluntad inquebrantable, abrigando sin cesar en su alma el para los demás inexplicable afán que la agitaba.

Ante sus ojos la mole colosal del Himalaya ostentaba sus enhiestas y nevadas cimas detrás de las cuales se encuentra una comarca huraña é inaccesible

en su mayor extensión para el extranjero, quien no ha conseguido todavía, á pesar de sus reiterados esfuerzos, llevar hasta allí la huella de su planta. Precisamente en esa mal conocida región del Thibet, era donde Helana Petrovna Blavatsky, nuestra rusa, sentía que se encontraba el foco de su atracción y por eso no es de extrañar que intentara, como por fin lo hizo con éxito completo, penetrar dentro de esa otra esfinge, cuyos secretos están garantidos por los mismos peligros de la empresa.

No me detendré aquí á narrar,—pues no es tal el objeto de este trabajo, —los innumerables y extraordinarios incidentes que forman la vida de esa noble y varonil mujer que debo presentar como la fundadora de la Sociedad Teosófica, así como no me ocuparé tampoco de analizar las notables obras filosóficas que publicó, monumentos admirables de erudicción y de talento; pero sí agregaré, que fué allí, en el Thibet, donde, al decir de sus biógrafos, conoció á los que ella llamaba sus Maestros, recibiendo de éstos la iniciación que iluminó su mente. Desde entonces, una transformación notable se opera en ella: su intelijencia vigorosa y bien equilibrada asombra á amigos y á adversarios por los múltiples conocimientos que revela, hasta sobre las cuestiones más abstrusas y desconocidas; convirtiéndola en seguida, su amor por los demás, en abnegado vocero de la fraternidad humana.

Con el objeto de realizar este ideal, y enviada, según decía, por sus maestros, sobre quienes hizo siempre recaer la gloria de sus mejores actos, llega á los Estados Unidos, se pone allí en relación con diversas personas,—una de las cuales fué el actual Presidente de la Sociedad,—y en los últimos meses de 1875, sienta las bases de ésta, á la que dedica hasta el día de su muerte, con esa energía indomable que era el rasgo distintivo de su carácter, todo su amor, inteligencia, salud y hasta las largas horas de su sufrimiento físico.

Así nació la Sociedad Teosófica que años más tarde debía afirmarse sólidamente con la constitución de sus Ramas ó centros locales establecidos en las principales ciudades de la Europa, de la América del Norte, de la India y de la Australia; verdadera federación cuya propaganda intelijente é infatigable conserva el sello que le imprimió la iniciadora, y cuyo hermoso programa promete al hombre de ideales elevados la satisfacción de estos por medio del ejercicio constante y metódico de las facultades de la mente encausadas dentro de un orden general de investigaciones filosóficas y científicas.

Ella ofrece al individuo que, en el deseo de dar expansión á los secretos anhelos de su alma, busca la verdad con espíritu sincero y desprevenido, los medios para conquistarla con su propio esfuerzo; así es que no se interesa en

saber del que golpea su puerta, cuál es la religión ó cuál el campo filosófico á que pertenece.

No hay religión más elevada que la verdad, es el lema que lleva inscripto en su bandera. La verdad, pues, es su verdadero culto; la fraternidad, el objeto á que aspira por la posesión de aquella. Por eso se explica que desde los primeros pasos que dió la Sociedad Teosófica se levantarán airados, esgrimiendo contra ella sus envenenadas armas, esos dos terribles colosos, cuyo poder, por desgracia, es inmenso en la época actual, con más vanidad que razón llamada de las luces: *el escepticismo* y *el espíritu de secta*,—reacción natural aquél de la inteligencia esclavizada por este durante siglos; pero descendientes, al fin, uno y otro, del orgullo y de la ignorancia.

Tales son los grandes enemigos contra los cuales ha tenido y tiene ella que luchar, oponiendo constantemente á la burla y al anatema,—únicos elementos de combate usados por aquellos, (tan á mano siempre cuando la razón se encuentra vacía de razones), la actitud serena y bondadosa del hombre de mundo ante los impetuosos arrebatos del niño mal creado que se resiste á ser conducido á la escuela.

II

El Reglamento General de la Sociedad establece en su primera página que los objetos que ella se propone, son:

1.° Formar el núcleo de una Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de razas, creencias, sexos, castas, ni color.

2.° Fomentar el estudio de las religiones comparadas, de la filosofía y de las ciencias.

3.° Investigar las leyes de la Naturaleza hasta ahora no explicadas, y los poderes latentes en el hombre.

Analizando estos objetos, vemos que el propósito inscrito en primer término es el de formar el núcleo de una Fraternidad Universal entre los hombres, propósito que constituye, en mi opinión, el verdadero fin de la Sociedad; pues los otros dos no son sino los medios para alcanzar aquél. Así también lo comprende la sabia fundadora de la Sociedad, cuando en su notable obra, «La Clave de la Teosofía», nos dice: «La Sociedad es un cuerpo filantrópico y científico para la propagación de la idea de fraternidad en el terreno *práctico* en vez de *teórico*. No importa que los miembros sean Cristianos ó Musulmanes, Judíos ó Parsis, Buddhistas ó Brahmanes, Espiritualistas ó Materialistas; pero cada miembro tiene que ser un filántropo ó un estudiante, un

investigador de la literatura ária y otras antiguas, ó dedicarse á las ciencias psíquicas. Debe, en una palabra, contribuir si puede á la realización de uno de los objetos del programa. De otro modo, el ingresar como «miembro» no tendría razón de ser.»

Quiere todo esto decir, que la Sociedad Teosófica trata de obtener por el trabajo y el esfuerzo en común de aquellas personas que se sientan impulsadas por tan generoso anhelo, el divino ideal al que dedicaron una existencia de abnegación, de sacrificio y de virtud, los más culminantes séres que ha conocido la humanidad; presentando, como uno de los medios más seguros para llegar á ese resultado, el estudio de las literaturas antiguas y la comparación razonada é inteligente de las doctrinas, diferentes en apariencia que esos sublimes apóstoles de la caridad y del amor legaron á la posteridad, *precisamente para que sirvieran á tal fin.*

No olvidemos, que cada uno de esos hombres excepcionales, al empezar su misión, creó invariablemente una doctrina religiosa que después fué predicando de pueblo en pueblo, y que no era otra cosa, en realidad, que el traje con que cubría á la verdad, demasiado púdica y hermosa para ser entregada desnuda á las miradas de los sátiros. Todos ellos habían comprendido, con la clarísima intuición del génio poderoso que los animaba, que solo iluminando la mente de los hombres, descorriéndoles poco á poco y á medida de sus aptitudes, el velo que oculta el misterio de la vida, que tanto inquieta al corazón humano, se llegaría un día á fijar en nuestra conciencia el sentimiento de la fraternidad, á cuyo suave calor únicamente abre sus pétalos la flor del alma y exhala el esquisito perfume que en su seno está escondido.

Si así no fuera; y si dentro de tales investigaciones no estuviese el verdadero sendero que debe conducirnos al fin anhelado ¿por qué la eminente fundadora de la Sociedad Teosófica, según ella, dirigida por elevados maestros de la Ciencia Oculta que solo persiguen el bien de la humanidad,—de lo que podría ser una prueba la misma existencia de la Sociedad,—nos aconseja como medio práctico y eficaz el estudio de las literaturas antigüas?

¿Y por qué, esos sublimes misioneros, á los que antes me he referido, sentaron como base indispensable para la realización de su común ideal, una doctrina religiosa que creo que nadie, sin ser un nécio, puede considerar como teorías fundadas en simples especulaciones de la imaginación?

Es que, la senda no ha sido mal elegida, pues las literaturas antiguas, como todas las grandes literaturas, están inspiradas en la observación de los fenómenos de la Naturaleza y del hombre, que es el mejor producto de esta

sobre la Tierra; encontrándose, además, impregnadas del más acendrado sentimiento religioso, causa este último del progreso humano. Es que la idea de la fraternidad, madre de todos los grandes sentimientos que nos elevan y forma la más perfecta y pura del amor, tiene sus hondas raices en la ciencia misma. Es que cada religión está basada en el *perfecto conocimiento* de las eternas leyes que gobiernan el Universo, y detrás de las alegorías, símbolos é imágenes de que se rodea, el investigador sincero y atrevido podrá encontrar la radiante luz, del mismo modo que detrás del hombre externo sabe descubrir al verdadero ser que se agita entre las seductoras y pasajeras atracciones de la materia y los anhelos infinitos del espíritu!

Libertad la mente humana de los perniciosos fantasmas que la ignorancia le crea; disipad los prejuicios que le forman una ilusoria barrera, más difícil de franquear que el espacio mismo; y á medida que por su propio esfuerzo vaya penetrando en los sagrados dominios de la verdad, irá arrojando trás de sí, como el areonauta ansioso de alcanzar la altura, el fardo pesado de las pasiones que la mantienen lejos de su divino orijen.

Es eso lo que busca la Sociedad Teosófica; es eso, también, lo que buscaron, antes que ella, los Chrisna, los Buddha, los Jesús, y la diminuta falanje de otros selectos espíritus que, como éstos, dejaron junto con la luminosa huella de sus pasos establecida una doctrina, que es al mismo tiempo intérprete y guardián misterioso de la verdad.

Allí, en cualquiera de esas grandes relijiones que la persona vulgar mira con aire despreciativo cuando no constituyen su credo,—desconocidas y adulteradas por la generalidad de los mismos que se titulan pomposamente sus representantes,—allí, sin embargo, se oculta la mágica llave que va abriendo una por una al hombre perseverante, enérgico y decidido, las puertas que conducen al santuario de la ciencia.

Pero, antes de emprender la laboriosa tarea,—que no puede ser la obra de una sola existencia;—para iniciar con resultado satisfactorio los trabajos que nos han de conducir siempre y con segundo rumbo á alcanzar algún día el fin de nuestras ambiciones, es preciso empezar imitando al musulmán que al penetrar al templo, abandona en el dintel las sandalias salpicadas con las impurezas del camino, y esforzarnos por abandonar así también toda preocupación sectaria como toda idea ó sentimiento que se oponga á la más libre y espontánea acción de nuestro juicio. Es entonces, que la razón, sin trabas que la entorpezcan, sin nubes que la ofusquen, podrá lanzar con éxito su sonda en las misteriosas profundidades cuyos secretos no es permitido sino á la intuición el conocer.

Una simple consideración, me bastará para demostrar lo práctico del método indicado como medio que debe llevarnos á la situación de sentir en cada hombre un hermano y á proceder con los demás *como deseamos que se proceda con nosotros*, fórmula sublime de la solidaridad humana y expresión de la suprema felicidad á que se puede aspirar sobre la tierra.

Es evidente, que á medida que se van haciendo carne en nuestro espíritu ciertas ideas de aquellas que afectan más directamente á nuestra conciencia, el individuo va también sufriendo modificaciones en su manera de sentir y en su manera de obrar; modificaciones que están en relación proporcional con el caracter y con la importancia de la verdad descubierta, presentida ó aceptada, y con la fuerza con que ella ha penetrado en nosotros.

Dada la realidad y lo común de este hecho, del cual cada persona puede ser un ejemplo vivo, creo que nadie se atreverá á ponerlo en duda.

Así; un ateo que no cree ni en la existencia de su alma, se encuentra muy dispuesto á suprimirse la vida á la primer contrariedad que esperimente; pues, con tal acto, no vé más resultado que el de la cesación del sufrimiento, volviendo él al seno de la nada de donde salió por la combinación mecánica y ciega de ciertas fuerzas fisicas que ni conoce ni le es de gran importancia conocer. Para dicho sujeto, la inteligencia, la voluntad, el amor y todas las ideas y sentimientos, elevados ó bajos, que mueven al individuo, no son sinó el producto de fuerzas del mismo orden que obran en nosotros, y, como es natural, ajusta sus procederes á ese modo de pensar. La idea de la fraternidad,—si es lógico consigo mismo, —no la puede concebir sinó como uno de los tantos sueños que se complace eu acariciar el hombre desequilibrado, y si acepta el propósito de estrechar el vínculo de unión entre los seres humanos, es sólo como una necesidad de su existencia en vista de las mayores ventajas y goces materiales que por ese medio puede conseguirse.

Sin embargo, esa persona es susceptible, como lo son todas las que no se dejan arrastrar por un fanatismo ciego y tenaz, de abandonar el error cuando este se haya hecho manifiesto ante sus ojos. Si mañana á costa de su esfuerzo personal, adquiereo tras ideas, después de haberse dedicado con interés á la meditación y al estudio de esos problemas que generalmente miró con indiferencia ó cuya solución no buscó en las verdaderas fuentes de la filosofía, allí donde la bienhechora Isis derrama eternamente de su fecundo seno el alimento que muy pocos hoy se preocupan de aprovechar, se habrá visto, obligado á poner á tono su conducta futura con las nuevas ideas adquiridas las que, si son en el sentido de las verdaderas doctrinas, lo habrán bonificado colocándolo en el camino que debe conducirlo á su propio perfeccionamiento.

Podrán, en adelante, morderlo feroces los grandes dolores que acompañan á la vida, pero, habiendo conquistado el conocimiento, por sí mismo, de que hay un órden que preside á todo en el Universo, basado en el amor y en la justicia; y sabiendo, del mismo modo, que uno de los mayores crímenes que podría cometer es el de atentar contra su existencia, su mano permanecerá inerte ante el arma con la cual, en otra época, consideró natural y lógico concluir con una incómoda situación; y resignándose, entonces, á aceptar pacientemente aquellos, habrá conseguido mayor fortaleza para su alma y realizado una importante experiencia, indispensable para su adelanto.

Este caso, que puede generalizarse como se quiera, pues responde á una ley invariable, nos viene á probar la verdad de la tésis sostenida y á mostrarnos la sabiduría con que ha formado su programa la Sociedad Teosófica.

Un mundo inmenso, ignorado hasta hace poco, nos pone esta por delante, invitándonos,—más que eso,—instándonos con cariño y sin más interés que el de nuestro bien para que con el hacha en la mano, entremos á explorarlo, si nos consideramos fuertes y capaces, abriéndonos á costa del propio esfuerzo; convencida ella por la larga experiencia de sus inspiradores que allí, como en ninguna parte y de la manera indicada, encontraremos la luz á que aspiramos y que debe guiarnos por la difícil y penosa senda que tenemos que recorrer en nuestra marcha eterna hácia el progreso. En el empeño puesto por cada uno para la realización de la empresa, y en el poder ó en la bondad de los elementos de que tiene que valerse, estriba únicamente el que llegue más ó menos adelante y el que encuentre más ó menos pronto también las riquezas prometidas.

Durante el curso de ese trabajo laborioso pero lleno de encanto; buscando en la veta inagotable abierta para todas nuestras facultades, la piedra preciosa que por algo oculta á las miradas del mundo el refulgente brillo de su facetas; nutriendo su espíritu con la rica sábia que dejaron destilar de sus enseñanzas los grandes Maestros de la Humanidad, en el silencio y en la meditación, concentrada el alma dentro de sí misma, el estudiante tendrá numerosas oportunidades que lo obligarán á alterar y hasta á abandonar por erróneas ideas que tal vez miró como invariables, adquiriendo, en cambio, otras nuevas, y ello, como en el caso expuesto más arriba, lo llevará por una consecuencia forzosa á modificar en el sentido de aquellas enseñanzas, la apreciación que hiciera en otro momento de los actos, de los hechos y de las cosas que caen bajo su juicio, y aún más: á variar hasta sus hábitos, costumbres, sentimientos y acciones.

Sin embargo, debo agregar que con solo los elementos conocidos de in-

vestigación, no llegará jamás á levantar sinó una pequeña parte del espléndido velo con que cubre la Naturaleza sus misterios, y por eso, el trabajo indicado como segundo punto del programa de la Sociedad Teosófica, no reviste otro carácter que el de preparación indispensable para el mejor desarrollo de ciertos poderes y facultades que existen latentes en nosotros, de algunos de los cuales recien empezamos vagamente á querernos dar explicación.

III

Cada una de las facultades ordinarias de la mente tiene su campo de acción más ó menos vasto pero circunscrito por una línea que jamás ninguna de ellas podrá pasar sin haber antes evolucionado, transformándose en una facultad más elevada. Así como donde termina el instinto principia la inteligencia, del mismo modo, donde termina ésta, nace la intuición, cuyos súbitos y fugaces resplandores suelen á veces iluminar las almas de ciertos seres que no son, sin duda, aquellos que hacen consistir el fin de la vida en la posesión del becerro de oro ó en la satisfacción de los goces de la personalidad.

El hombre llevado por su falso concepto respecto de la razón, por cuyo solo medio cree poder llegar un día á arrancar á la efinge sus arcanos, cierra jeneralmente los oídos á las voces del sentimiento, considerando, quizás, en su error que este es nada más que un huesped obligado á seguir en su movimiento al adelanto humano y no un factor importantísimo é indispensable sin el auxilio del cual es inutil que pretenda trepar á las alturas á que aspira y bañarse en las bienhechoras ondas de la luz.

Por eso vemos acumularse siglos sobre siglos, desaparecer en los insondables abismos del tiempo, civilizaciones tras civilizaciones que se llevan envueltos entre los pliegues de sus fúnebres mortajas todos aquellos progresos que constituyeron su poderío; y el ser humano, jirando perpétuamente en un círculo vicioso, encontrarse hoy á tanta distancia como ayer,—y como se encontrará mañana, si no cambia los métodos de su investigación,—del conocimiento de las grandes leyes á que ajusta sus funciones la Naturaleza, las que son en el órden físico los mismos que rigen los fenómenos en el órden moral, intelectual y espiritual.

La ciencia de que estamos tan orgullosos, no es otra cosa que un catálogo inacabable de hechos observados y clasificados, cuyas causas principales nos escapan; hechos muchos de ellos descubiertos ya otras veces y olvidados ó perdidos en medio de esas trasformaciones sucesivas á que está sujeta la humanidad. Y así continuará en su trabajo de hormiga amontonando materia-

les sobre materiales que la lluvias y los vientos se encargarán con frecuencia de hacer desaparecer mientras se aferre en despreciar el auxilio que se le brinda. Tal como hoy marcha, puede compararse, si consideramos el fín de sus pretensiones, á las mitológicas Danáides eternamente condenadas á llenar un tonel sin fondo.

Es que la razón no puede explicarse lo que no está dentro de su órbita de acción y por eso pretender que ella nos presente demostraciones de hechos que se realizan fuera de su alcance, como lo son cualquiera de las leyes que mueven el engranaje del Universo, es pretender lo irrealizable, lo imposible.

¿Quién no ha revelado la existencia divina? ¿Fué, acaso, nuestra intelijencia, ó fué el sentimiento que espontáneo y vigoroso brotó desde un primer momento en el alma del hombre y, sin permitir la duda, afirmó esa sublime verdad que se arraiga tan hondamente en el alma del salvaje como en la del hombre civilizado? ¿Y hemos necesitado, por ventura, para creer y luchar por ella,—verdad que es el cimiento de todas las religiones y filosofías, la base incomovible de nuestras creencias, cualesquiera que ella sean,—que nos fuese demostrada por la razón? ¿Por qué no la sometemos á nuestro juicio para que este con los elementos de que dispone nos presente la prueba irrefutable?

Es que en vano aguzaríamos nuestro ingenio, en vano envejeceríamos sobre los libros, en vano pediríamos argumentos á nuestros cerebros; no habríamos adelantado un solo paso. Dios existe porque *lo sentimos* dentro y fuera de nosotros!

La Sociedad Teosófica, apartándose, pues, de semejante método y comprendiendo que la razón y la fé deben marchar unidas prestándose mutua ayuda, se dirige á la conquista del conocimiento apoyada en ambas. Aún que respeta y aprovecha las verdaderas é importantes adquisiciones hechas por la llamada ciencia oficial, no es, sin embargo, en sus libros,—en los que al lado de cada descubrimiento inscripto se dibujala figura de uno ó varios signosde interrogación,—donde invita al estudiante á satisfacer sus aspiraciones. Es en las sublimes enseñanzas á que antes me he referido, sirviéndole además la observación directa de la Naturaleza para facilitar ese estudio y comprobar sus afirmaciones.

El hombre, entonces, obligado por la clase de esfuerzo á que se vé sujeto, va desarrollando armónicamente todos sus elementos de trabajo y poniéndose por este motivo, poco á poco, en condiciones de permitir la evolución de sus facultades internas.

No creo necesario entrar aquí á demostrar la poderosa influencia que ejer-

cen nuestras ideas y nuestras tendencias en el organismo físico de que estamos dotados,—instrumento hecho para el servicio del ser íntimo que piensa, siente y quiere,—pues ello me llevaría demasiado lejos haciéndome salir del cuadro que corresponde á este artículo. Dando por establecido el hecho, afirmaré que el desarrollo que paulatinamente van adquiriendo nuestras facultades psíquicas, trae como natural resultado, una modificación de ese organismo, el que se afina, se pone á tono con las nuevas tendencias é inclinaciones, se mejora haciéndose más sensible á los mandatos de la voluntad, se purifica, diré por fin, de las impresiones dejadas en él por las viejas costumbres y por las pasiones; y, así transformado, responde con mayor facilidad y precisión á las silenciosas y elocuentes armonías que desde lo más recóndito del ser nos envía la conciencia.

El estudiante, en estas condiciones, está ya preparado para dar otro paso adelante. Sus facultades ordinarias han alcanzado cuanto podía exigirse de ellas, pero sus posibilidades son cada día mayores. La inteligencia, el sentimiento y la voluntad han concluido, al fin, por confundirse en una inmensa y única aspiración: la de la fraternidad, comprendida no solo como una necesidad de la existencia y del progreso, sino como un hecho cuya realización es fatal en el tiempo, porque obedece á la ley de nuestro origen y de nuestra propia naturaleza. La iniciación oculta pondrá ahora al individuo en condiciones de desenvolver aquellas posibilidades.

(*Concluirá*)

LANÚ, M. S. T.

¿QUÉ ES LA TEOSOFÍA?

SUS DOCTRINAS

(Conferencia traducida del francés y transcripta de la Revista Teosófica "Sophia")

Qué es la Teosofía? Hé aquí el asunto que me he propuesto tratar esta noche, y sobre el cual procuraré dar una respuesta.

La Teosofía es la *Religión de la Sabiduría* de la antigüedad.

La sabiduría es la filosofía que se ajusta á la razón y á la inteligencia. Es,

en verdad, la unión de la religión con la ciencia; nó una fé ciega, sinó un conocimiento completo.

La Teosofía se presenta ante nosotros bajo tres aspectos: como religión, como filosofía y como ciencia.

Como religión, nos habla de esas aspiraciones que son las más sublimes, las más elevadas que siente la humanidad.

Como filosofía, habla á la razón, al juicio, á la inteligencia del hombre.

Como ciencia, ofrece fenómenos á los sentidos y á la observación.

Como religión, es también el origen de todas las religiones del mundo.

Se encuentra en la Teosofía la esencia de todas las religiones; es decir, esas grandes verdades espirituales y universales, que constituyen el fondo de las diversas religiones en las cuales se las puede descubrir siempre á causa de la identidad de la idea, sean cuales fueran las palabras con que esta idea se halle expresada.

Como filosofía, es enemiga del materialismo; va unida á los sistemas filosóficos espiritualistas é idealistas en la lucha contra aquél.

Como ciencia, afirma que el hombre puede tener conocimiento de todas las partes del Universo. Dice que la existencia material no es la existencia total; y que el hombre tiene facultades desarrolladas ó en vía de desarrollo, por medio de las cuales puede conocer el Universo, ya espiritual, ya material.

El hombre puede desarrollar por sí mismo sus facultades mentales y espirituales. La Teosofía agrega que el hombre, en su constitución, en su naturaleza, es un ser muy complejo, que tiene facultades latentes, que no se hayan desenvueltas, pero que lo pueden ser con seguridad mediante esfuerzos poderosos, y además, sostiene que el hombre no es un animal que se eleva poco á poco, sinó que más bien es un ser divino caído en el fango de la materia, de la cual puede elevarse hácia su orígen.

Para nosotros, la Teosofía tiene su orígen en la raza Aria, esa gran raza que bajó de las montañas del Asia Central, que descendió á las llanuras de la India, y que se extendió de país en país. Así encontramos la expresión exotérica más antigua y más completa de la Teosofía, en los Vedas del Hindostan; pero téngase siempre presente que los Vedas no son más que la expresión *exotérica*. (1) Así también ha habido en la India en todo tiempo, instructores llamados Gurús, los cuales comunicaban y siguen comunicando, no solo la palabra escrita, sinó también el sentido esotérico á los alumnos dignos de esta enseñanza.

---

(1) Pública, por contraposición á *Esotérica*, (secreta).

Por eso, si se leen los Vedas, no se encontrará toda la *Religión de la Sabiduría*: hace falta además obtener la explicación esotérica, aquella que sólo puede recibirse de hombres espiritualmente desarrollados, los cuales viven real y efectivamente.

Desde la India, se extendió esta Religión de la Sabiduría al Egipto, á la Persia, á la Grecia y al mundo entero.

Cuando se descubre las mómias de Egipto, se halla sobre su seno el Libro de los Muertos ó fragmentos de él. En este libro se encuentra la misma sabiduría, las mismas ideas espirituales.

Si del Egipto se pasa á Grecia, se encontrará en la filosofía de Platón las mismas ideas filosóficas.

En los primeros siglos del Cristianismo, las vemos también en la escuela Neo-Platónica, donde por vez primera se oye la palabra Teosofía.

Así se puede seguir su rastro por todas partes en la historia. Su aspecto científico se muestra en los escritos de Paracelso y otros, y más tarde en las experiencias de Mesmer, en París, á fines del siglo XVIII.

París, en el siglo XVIII rechazó á Mesmer, más él hizo posibles las magníficas experiencias de Charcot, en el París del siglo XIX. Y así es como se realiza el progreso; siempre se le hace retardar un siglo, negándolo en el primer momento; después se reconoce la verdad en el siglo que le sucede.

Esta ha sido la suerte de todas las grandes ideas; la verdad que se ha rechazado un día, es la ciencia en que se cree y en que se confía en el siglo siguiente.

Pero, dejando la historia, tratemos de comprender lo que son las doctrinas teosóficas, de las que hasta este momento sólo me he propuesto indicaros las faces que podeis encontrar en aquella si quereis investigarlas. Ahora procuraré haceros conocer lo que son esas doctrinas que de tal modo pueden hallarse, y que contienen siempre las mismas ideas, sean cuales fueren las formas de lenguaje que las envuelvan.

La esencia de la Teosofía es una, sin límites, eterna, incognoscible en sí misma, de la cual no puede hablarse, porque las palabras no pueden expresarla. Las palabras son para la inteligencia, no para la esencia divina; de esta esencia nada puede decirse, porque la palabra es un limite. Pero el Universo es la realización del pensamiento divino, es decir, un pensamiento, una palabra materializada, si se me permite la expresión, y esta existencia que no se puede conocer en sí se puede estudiar en él.

De esa esencia emana el alma Universal, que es el Dios en manifestación. El Alma del Universo es un rayo de aquella existencia, un rayo que viene

de la luz sin límites. Esta Alma Universal, de la cual surgirá todo el Universo, la cual contiene en sí todas las posibilidades que han de realizarse en este, esta alma Universal es el Logos del Plato-nismo.

En la India, constantemente se habla del *Yo* del Universo, el *Yo* Supremo del Universo, lo que ciertamente es el Logos de la filosofía Platónica y de la religión cristiana.

Esta alma puede ser considerada bajo tres faces ó de tres maneras.

La faz primera es la existencia de la substancia eterna.

El segundo Logos es la vida, siempre doble en su manifestación. El Espíritu y la Materia, que no se separarán jamás en el universo, no son sinó las dos faces de la substancia divina. Donde quiera que hay espíritu, allí hay materia; y donde quiera que hay materia, se encuentra también el espíritu; ambos proceden de la unidad suprema, y no se les puede desunir.

La tercera faz es la inteligencia, la inteligencia suprema creadora.

En estas tres fases está el origen de las Trinidades que se encuentran en todas las religiones del mundo.

Se encuentra una Trinidad en la India, una Trinidad en el Egipto y una Trinidad en el Cristianismo; por todas partes se encuentra la Trinidad, el Alma Universal, que se manifiesta como tres y no como uno solo.

De aquí que en todas ellas se puede reconocer las ideas por su característica, ya que nó por el tenor literal de las palabras.

Consideremos un instante esta Trinidad, y hagamos uso de las palabras Cristianas:

El *Padre Eterno* es la existencia en sí, es la Substancia Divina Una.

El *Hijo* es la vida dual, Dios y el hombre, el espíritu y la materia.

El *Espíritu Santo* es la inteligencia suprema, de la cual emana el Universo.

Así podremos analizar las diversas Trinidades exotéricas, y siempre encontraremos estos tres aspectos: la Existencia, la Dualidad, la Inteligencia.

De esta manera se pueden reconocer las ideas, cuando las formas difieren.

Del Alma Suprema, del Alma del Universo, emana una multitud de seres espirituales é inteligentes.

En el Cristianimo se les llama Angeles; en la India, Dioses Menores.

Se les puede llamar como se quiera; el hecho es lo que importa comprender, y el hecho es que existen entre el Ser Supremo y el alma Universal, una multitud de séres espirituales inteligentes. Los más, mucho más desarrollados que los hombres; pues han desenvuelto sus facultades pasando por la etapa humana en los universos que han precedido al nuestro, y habiendo alcanzado la espiritualidad, no tienen ya cuerpo material. Los otros, menos

desarrollados que nuestra humanidad, son poco conscientes, pero inteligentes; son los seres espirituales é inteligentes que constituyen el aspecto espiritual de la Naturaleza, el aspecto que hace que el Universo no sea un mecanismo, sinó un organismo viviente que se desarrolla.

La presencia de estos seres por todas partes, es la que hace posible lo que se llama *Magia*; esto es, el Espíritu del hombre, que es divino, puede dominar á estos seres inferiores. Los seres superiores lo ayudan á elevarse continuamente hacia ellos.

Observando á la Naturaleza, se reconoce ese lado espiritual é inteligente, donde se halla el orígen de la evolución, donde se encuentra la causa del progreso.

Estudiemos al hombre mismo, para aprender lo que es.

El hombre contiene en sí todo lo que se exhibe en la Naturaleza.

El Alma Universal, el Yo Supremo del Universo, es el yo del hombre.

Véase lo que dice la Teosofía en todos los países, en todas las religiones, en todas las filosofías.

El Yo del Universo es el mismo, en su sentido, que el Yo del hombre.

De este modo le es posible al hombre elevarse hasta su orígen. Así puede el espíritu humano desarrollar todos sus poderes, y ese Yo Universal convertirse en individual en el hombre.

Se oculta, pero puede preguntarse porqué y cómo.

Por qué? Porque busca la vida exterior, porque busca el contacto, porque trata de realizarse como individuo.

Cuando quiere pensar, se reviste de materia diáfana, rara, etérea; y cuando está revestido de esta materia, se convierte en el alma del hombre que piensa, que razona, que tiene un juicio, que posee memoria, que tiene todas esas facultades del espíritu que reconocemos continuamente.

Pero no consiste todo en el deseo que tenga de pensar; también desea sentir. Entonces se reviste de materia más grosera que aquella por medio de la cual piensa, y así experimenta las pasiones, los deseos, las emociones, todos esos estados afectivos que se encuentran en el hombre y en el animal; el este es el Yo que busca el contacto con la alegría y el dolor; que quiere sentir y recibir todas las experiencias posibles.

Pero, hay más. Se ha revestido de materia muy ténue para pasar, de otra más densa para sentir, y además de la materia astral, porque hay una región astral, donde los pensamientos aparecen como seres vivos, y le hace falta poseer un *cuerpo astral* para ponerse en contacto con esa región del Universo,

por último, se reviste también de una materia aun más grosera, y esta es el cuerpo físico, con sus sentidos, sus poderes y sus órganos.

Tenemos, pues, este Yo convertido en alma humana que se cubre de varios rajes de materia, procedimiento necesario para comprender todo lo que existe; así puede entrar en relaciones con el universo físico, por medio del cuerpo físico; con el universo astral, por el cuerpo astral; con el universo de los deseos, de las emociones, por su *cuerpo de Deseo*, como se le llama en la India; así puede pensar, por medio de la razón, de la inteligencia; pero siempre es el Yo el que piensa, el que siente y el que se pone en contacto con todos los universos. El Yo es uno y se viste de la materia fina, á fin de saber todo y después que sabe todo arroja la vestidura. Para adquirir toda esa esperiencia, hace falta mucho tiempo. No es suficiente el que media entre la cuna y la sepultura de una sola vida. Hay bastantes lecciones que aprender, muchísimos contactos que esperimentar y muchísimas emociones que sentir.

Mirad un instante los seres, como los encontramos hoy.

Cuántas diferencias mentales y morales! Cuántas entre las almas humanas! cuántas entre los poderes, la inteligencia y la moralidad!

Pero si hay diferencias, es necesario encontrar la causa de ellas! Si hay un alma que pertenece á un criminal y otra á un santo, es preciso hallar alguna razón que explique la diferencia, si es que se desea comprender al alma; es preciso comprender porque tanta diversidad de almas cuando los cuerpos son casi los mismos, salvo pequeñas discrepancias de la piel ó de los cabellos, que no modifican la forma del cuerpo humano.

(Continuará.) ANNIE BESANT.

LA CIENCIA TEOSÓFICA (1)

Desde hace algunos años se habla mucho de teosofía, pero desgraciadamente como se hablaría de las antípodas antes del descubrimiento de la América por Cristóbal Colón, cuando nadie sabía lo que era en realidad, porque no se había llegado hasta allí.

Unos la confunden con el *espiritismo*, lo que es absolutamente lo mismo que si se confundiese la medicina con el hipnotismo;—otros creen que es una nueva religión,—renovada, no de los Griegos, sinó de la India, y piensan que *Teo-*

(1) Traducido del «Lotus Blesu».

sofía y *Buddhismo* es la misma cosa,—aunque tanta razón habría para sostener que es el *catolicismo*, el *protestantismo*, el *mahometismo*, el *mazdeismo* ó cualquier otra religión, desde que todas son sus hijas más ó menos degeneradas,—y otros, por fin, la miran como una simple y ordinaria especulación del espíritu humano, como un sistema filosófico y metafísico más ó menos semejante á todos los sistemas de ese mismo órden, á traves de los cuales en todo tiempo ha buscado el Occidente á la verdad, sin encontrarla.

Y bien, todos aquellos que así piensan se engañan y prueban con ello que no conocen una palabra de lo que es la Teosofía.

La Teosofía no es ni una religión nueva ó antigua, ni un sistema metafísico que repose sobre los razonamientos ó los sueños de un cerebro humano más ó menos bien dotado. Es una ciencia, ó más bien dicho, es la ciencia, toda la ciencia, la sola y única ciencia, es decir, la síntesis de la *sola, única y eterna* verdad, encerrando en su seno y poniendo de acuerdo todas las religiones, todas las filosofías y todas las ciencias, absorviendo y disolviendo á la vez el deismo, el ateísmo, el materialismo y el espiritualismo, por esta razón sin réplica, de que en lo *absoluto* todas las antinomias se resuelven, que el movimiento absoluto y la inmovilidad absoluta son idénticos, que la sustancia absoluta y la esencia absoluta no son diferentes una de otra.

La Teosofía es la ciencia que nos enseña á distinguir la realidad absoluta de la ilusión relativa.

De esto resulta, que siendo la teosofía la ciencia, todo lo que ella afirma puede y debe ser demostrado. Por esto, difiere de las religiones y filosofías ordinarias.

Su primer aforismo, es que nada debe creerse por la afirmación de otros; que es necesario ver y palpar por sí mismo; que el que cree que la tierra gira al rededor del sol realiza un acto de fé mientras no haya verificado los cálculos por sí mismo y constatado la gravitación, por así decir, *de visu*.

La Teosofía dice á aquellos que van á ella: «Todo lo que enseño es verdad, ha sido verificado desde largo tiempo;—á vosotros toca verificarlo por vosotros mismos en la medida de vuestra fuerza.—Lo que yo os pido no es un acto de fé, pues soy lo contrario de la fé.—La fé se llama *pasividad*, es decir, Muerte.—Yo, me llamo *actividad*, pues soy la vida.»

Así, pues, cuando contamos la historia de los períodos del mundo, cuando alineamos los millones de siglos que nos han precedido y que han presidido al desenvolvimiento de la manifestación de los transitorios universos actuales; cuando os decimos, por ejemplo, que los raros salvajes que desaparecen poco á poco de nuestro contacto, no son *primitivos*, razas que han permanecido

en el estado de infancia, sinó restos de antiguas razas y de antiguas civilizaciones de las que no alcanzaremos á nuestro turno el poder y el brillo, sinó en largos siglos, —en una palabra que los salvajes son viejos vueltos á caer en la infancia;—cuando os hablamos de las numerosas reencarnaciones que sufre la individualidad humana, antes de alcanzar el estado de dios,—al que llegarán aquellos de entre nosotros que hayan sabido conquistar su inmortalidad,—pues somos nosotros mismos los que nos la creamos;—cuando enumeramos y analizamos los diversos principios, en número de siete, que constituyen la entidad hombre;—cuando describimos los diversos estados por los cuales pasa esta entidad, después de la muerte, entre dos encarnaciones, antes de volver sobre la tierra; no enseñamos teorías y no emitimos hipótesis.

Afirmamos hechos, y os decimos «Es á vosotros, por vuestros esfuerzos, por vuestro trabajo, por vuestra voluntad, que corresponde verificar todo esto, y llegar no á una simple convicción, sinó á una certidumbre real».

En cuanto á las pruebas, pruebas inmediatas, pedirlas sería tan infantil como si un paisano, que no supiese escribir ni leer, y á quien un astrónomo explicara la ley de gravitación universal, exijiera de éste su comprobación sobre la marcha.

El sabio respondería á semejante curioso:

«Mi amigo, comenzad por aprender á leer y á escribir, en seguida estudiad las matemáticas durante una decena de años. Entonces, si estaís bien dotado, trabajando aún durante una veintena de años, llegareís como Leverrier, á verificar la exactitud de nuestros cálculos, descubriendo tal vez, á vuestro turno, algún nuevo planeta».

Lo mismo sucede con la Teosofía. No es demasiado toda una vida de trabajo y de esfuerzo para entrever los primeros rayos de su haz de luz, y nadie puede evitar á otro, ni hacer por él, el trabajo espiritual necesario, inevitable.

Por otra parte, la Teosofía enseña tales verdades, tan completamente desconocidas, y estas verdades son de tal consecuencia para el hombre, que ellas no pueden arrojarse á la multitud sin precaución. Decir todo á todo el mundo, antes de que la generalidad de los hombres esté suficientemente preparada y sea digna de adquirir los poderes sublimes que son la herencia futura de la humanidad, sería tan insensato, tan peligroso, como poner entre las manos de un niño cartuchos de dinamita.

No reprocheis, pues, á la ciencia oculta su prudencia y su discreción. Es á nosotros á quienes corresponde llegar á ser bastante fuertes, bastante sabios, bastante hombres, para que la dinamita en nuestras manos, es decir,

la verdad y los poderes que de su posesión resultan, no vengan á ser una calamidad personal y pública.

Ved lo que el hombre, en un estado moral todavía interior, ha sabido hacer de la química, un envenenamiento general por la sofisticación de todas nuestras bebidas y de todos nuestros alimentos.

La ciencia oculta y la Teosofía proceden de otra manera, y tienen razón. Ellas no dan el saber completo, integral, sino á aquellos que tienen la energía de conquistarlo y la fuerza de digerirlo.

Sobre todo, no se debe olvidar, que la Teosofía no es ni una religión, ni un sueño metafísico, ni una hipótesis, como todas aquellas sobre las cuales se apoya la *pretendida ciencia exacta moderna* y que dependerá de los que á ella se dedican, de ellos solos, el adquirir la prueba absoluta, según el estado de desenvolvimiento espiritual que sepan alcanzar y al cual no es posible llegar, por otra parte, sino haciendo tabla raza en nosotros mismos de todas nuestras ideas habituales.

ARTHUR ARNOULD.

¡HA MUERTO! (1)

Esta es la espresión en que prorrumpen dolorosamente los amigos y pacientes que rodean el lecho del que acaba de expirar.

La inmensa mayoría de los mortales, al quedarse dormidos en el sueño de la muerte, no se dan cuenta de que hayan muerto.

. . . . . .

«Una visión rápida, retrospectiva, fulgurante de la vida que concluye, ante los ojos de mi alma atraviesa. Es el libro del Angel del juicio.

. . . . . .

Concluye un estado de conciencia. Otro estado nuevo é inexplicable empieza para mí.

¿Qué cambio es este? ¿Cual será este nuevo estado del cual no tenía la menor idea? Siéntome confundido, vacilante y en mí reina el caos.... ¿He muerto?.... ¿Estoy vivo? Conservo el recuerdo vivo, indeleble y per-

(1) De los Estudios Teosóficos.

fecto de los seres queridos que mi lecho rodeaban... ¿cuándo? ¿Hacía poco?... ¿Hacía mucho tiempo?....

Una niebla luminosa me envuelve por completo; yo mismo contémplome fosforecente.

Veo unos séres análogos que junto á mí permanecen. Si, son ellos, ellos mismos de quienes me he separado, no sé desde cuánto tiempo ...

¡El tiempo! ¿Sé ahora, acaso, lo que es tiempo?

Sí, son ellos, que junto á mi permanecen; son los mismos que en torno de mi lecho se agrupaban; los mismos que lloraban amargamente al contemplar mi frente lívida, mientras yo inmóvil, me sentía á mí mismo... dentro de.... ¿de qué?.... ¿Sería el cuerpo?

No siento yo la cama en la cual, hace poco, hallábame yerto.... la habitación se desvanece... Es de día, veo el espacio extenderse delante de mí, pero el sol explendoroso y refulgente, no lo distingo....

Las formas de los que me rodeaban ya no son las mismas; sus voces y sollozos apenas se perciben.... no sé si están lejos ó cerca.... ignoro á que distancia se hallan en el espacio.

¡El espacio! ¿Sé ahora, acaso, lo que es el espacio?

Sin embargo, sí, son ellos, pues los he amado, y sigo amándolos con afecto desinteresado y puro. Les hablo.... pero no me dan muestras de comprenderme. ¿No me oyen acaso? ¿Será, tal vez, que no vibran ya mis acentos?....

Los toco, los empujo, los sacudo violentamente.... nada.... nada, no se dan por entendidos.... ¿Qué esto? ¿no sienten ya mi contacto?

Y sin embargo, ofrecen resistencia á mis manos, si, mis manos tropiezan con verdaderos obstáculos...

¡Mis manos! digo; cuando más que manos parecen guantes sin dedos.

Y ellos, mis parientes y amigos, han perdido en gran parte sus razgos distintivos. Pero..... no vuelvo de mi sorpresa..... ¡cuán distinta es la sensación que experimento al tocarlos! algo así como el contacto de una masa sólida de raso, algo que cede á la presión con un cierto crujido.....

Todo esto acrecienta mi confusión y siéntome cada vez más turbado. ¿Estoy muerto? ¿Sigo en mi habitación? ¿Me he separado, tal vez, de mi cuerpo?

Un filamento luminoso cuelga de mí.

¿Qué será esto? Quizás con él logre salir del caos de ideas, del laberinto de confusiones en que me hallo.

Sigo este apéndice luminoso..... parece que se recoje dentro de mí mismo... pero observo que los que me rodean no lo tienen.....

¡Una voz!..... Deténgome á escucharla.

«*La única ciencia digna del hombre es aquella que desarrolla su voluntad hasta el punto de ponerle en estado de burlarse de la ilusión á la cual vosotros llamais muerte*».

¿Quién ha hablado? ¿De dónde procede esta voz que vibra en el silencio tan profundo como *gris* que me circunda?..... Es una voz tan dulce, tan apacible que parece la voz del Silencio.

Ráfagas de resplandecientes colores han brotado juntamente con la voz.

No puedo decir si esta voz la he oído, ó si la he visto.....

Siento frío. Un frío intenso apodérase de mí..... ¡estoy helado!..... ¿Qué va á suceder?

Un sordo rumor, á manera de un millón de truenos comprimidos y prontos á estallar con horrísono estruendo, se aproxima, se acerca, aumentando por momentos en su violencia formidable.....

Es una masa de armonía incomprensible, es un *substratum* de sonoridad inmensa de una solemnidad aterradora.

Infinitos cantos y melodías se cruzan y se combinan, las tonalidades cambian y se transforman unas en otras, pero la TÓNICA MANVANTÁRICA domina siempre.

¡Un choque! ¿Qué es esto?..,.. Se ha roto el filamento que de mí pendía.... siéntome arrebatado, pero no sé hácia dónde..... No me muevo, y sin embargo, me siento lanzado con una violencia espantosa al través del espacio..... Pero no es este el espacio vacío..... es un medio sutilísimo por el cual me precipito, sin que me presente la menor resistencia.

He perdido también mi fosforencia, pero sigo teniendo frío. Soy de varios colores, y me parece que cada uno de mis colores se extiende á lo largo del infinito. En medio de su diversidad, observo que cada uno de ellos domina en mí sobre todos los restantes.

¡Otro choque!..... me he detenido.....¿cómo es posible? ¡Tú, Haroun, tú así tan transfigurado! Tú el miserable mendigo de Balkh, tú, á quien tantas veces he socorrido, y de quien he oído palabras tan extrañas y misterioras; tú que me dijiste la postrera vez que te ví: «*si mueres por la espina dorsal, me verás en cuanto mueras, pero si mueres por la boca, no; puesto que nada puedo hacer por los que sueñan.*»

¿Puedes explicarme ahora tus palabras? ¿He muerto acaso por la espina dorsal? Háblame. ¿De dónde has sacado esas vestiduras deslumbradoras?

¿Por qué brillan tus ojos con ese resplandor? ¿Por qué el fulgor que brota de tu ojo derecho es más vivo que el que emite el izquierdo?.....

.....

No contesta una sola palabra. Su faz impasible no se inmuta en lo más mínimo; de sus ojos brotan unos torrentes de compasión infinita. La expresión de su mirada es aquella que, una vez vista, no se borra jamás; es aquella mirada que brilla en los ojos de todos y cada uno de los miembros de la Gran Fraternidad del Logos. .. ..

.....

Ya no siento frio. Un bien estar cada vez más grato embarga mi sér. Apodérase de mí un sueño invencible, un lánguido sopor..... ..

¡Maestro, maestro! ¿Eres tú quien sostiene mi cabeza con tus brazos?.... Qué será esta vibración sutilísima que se trasmite por todo mi sér?..... Allá, á lo léjos.... muy léjos.... suena una melodía vaga de un corte purísimo.... me duermo.... ¡Haroun.... Haroun....!

.....

«Pertenecemos al mismo RAYO ¡hijo mio! vuelve á Bhumi. (1) Tú no perteneces al número de los que se consideran felices, soñando anegados en as delicias de chandraloka». (2).....

.....

Otra vez percibo aquel sordo rumor; otra vez la sinfonía de las Esferas; otra vez el estrépito armonioso de soles y planetas lanzándose en los abismos del Infinito....

Ráfagas de luz, unos Tatwas tras otros Tatwas (3); colores y más colores, entre estos el negro y el gris del Akasa (4).

Reina una vez más el silencio. Siéntome arrebatado por un nuevo torbellino.... un algo indefinible y molesto á mí se adhiere ... un algo, á manera de ancla que se sujeta á una forma vaga é indecisa.... ¡que sé yo!.... Percibo inconscientemente... se cambian mis ideas.... todo lo veo confuso.... velado....»

NEMO.

---

(1) La tierra.
(2) Devachan. Rejión de los devas ó dioses. El cielo, según dirían los cristianos.
(3) Distintos grados de vibración etérica.
(4) Se suele traducir por Eter, pero no es el éter de la ciencia moderna.

POR LAS PUERTAS DE ORO

Por M. C.

Cada hombre posee una filosofía propia acerca de la vida, menos el verdadero filósofo. El más ignorante de los aldeanos concibe algo de lo que constituye el objeto de su vida, y tiene ideas definidas en cuanto al procedimiento más ó menos conveniente para lograr aquel objeto. El hombre de mundo es con frecuencia é inconscientemente un filósofo de primer orden. Posee durante su vida principios del más claro carácter, y no consiente en que su posición sea destrozada por los reveses de la fortuna. El hombre de inteligencia y de imaginación posee menos certeza, y continuamente se encuentra incapaz de formular sus ideas á cerca de aquello que más profundamente interesa á la naturaleza humana, la vida del hombre. El verdadero filósofo es aquel que no pone objeción alguna y que admite por completo que el misterio de la vida es inaccesible al pensamiento ordinario, del mismo modo que el verdadero sabio confiesa su completa ignorancia acerca de los principios que tras de la ciencia se ocultan.

Si existe algún modo de pensar, ó algún esfuerzo de la mente que permita al hombre apoderarse de los grandes principios que como causas existen en la vida humana, es una cuestión que ningún pensador ordinario puede resolver. A pesar de todo, el vago presentimiento de que los efectos que percibimos son debidos á una causa, de que existe un orden regulando el caos, y una sublime armonía que penetra al través de lo discorde, domina á las ardientes almas de la tierra, y hace que anhelen por la visión de lo invisible, por conocer lo incognoscible.

¿Por qué ansiar y buscar aquello que está por completo fuera de alcance, mientras los sentidos interiores permanecen dormidos? ¿Por qué no reunir los fragmentos que tenemos á mano, y ver si por medio de ellos podemos dar alguna forma á aquella confusión inmensa?

CAPÍTULO I

La investigación por placer

I

Todos conocemos aquel algo misterioso y severo al que llamamos desgracia, que al hombre persigue, y de un modo bastante estraño como á primera vista parece, no le persigue vaga é inciertamente, sinó con pertinacia positiva é inquebrantable. Su presencia no es en absoluto contínua, pues de otro modo dejaría el hombre de vivir; pero su perseverancia es incesante. Siempre el sombrío fantasma de la desesperación permanece detrás del hombre, pronto á tocarle con su dedo terrible, en cuanto hace demasiado tiempo que este es feliz. ¿Quién le ha dado á tan horrible espectro el derecho de vagar en torno nuestro desde que nacemos hasta que morimos? ¿Quién le ha dado el derecho de permanecer siempre á nuestra puerta, manteniéndola entreabierta con su mano impalpable y á pesar de esto horrible, listo para entrar en el momento oportuno? El filósofo más grande del mundo sucumbe al fin ante tal enemigo; y únicamente es filósofo en el verdadero sentido de la palabra, el que reconoce el hecho de que es irresistible, y sabe que, lo mismo que todos los demás hombres, debe de sufrir más ó menos tarde. El dolor y la miseria constituyen una parte de la herencia de los hombres; y aquel que presume que nada podrá hacerle sufrir, lo único que hace es revestirse de un egoismo frío y profundo. Esta vestidura le protejerá contra el dolor, pero también le separará del placer. Si la paz puede encontrarse sobre la tierra, ó alguna alegría existir en la vida, no puede ser cerrando las puertas del sentimiento, que nos dan acceso á la región más elevada y más vívida de nuestra existencia. La sensación, tal como la obtenemos por medio del cuerpo físico, nos proporciona todo aquello que nos induce á vivir en esta forma.

Es inconcebible que ningún hombre quisiese tomarse el trabajo de respirar, si este acto no le procurase un sentimiento de satisfacción. Lo mismo sucede respecto de cada una de las acciones en todos los instantes de nuestra vida; vivimos porque hasta en la misma sensación de dolor existe el placer. Sensación es lo que deseamos. De otra manera probaríamos de común acuerdo las aguas profundas del olvido, y se extinguiría la humana raza. Si esto sucede con la vida física, lo mismo tiene lugar con la vida de las emociones, de la imaginación, de la sensibilidad, de

todas aquellas esquisitas y delicadas formaciones que con el maravilloso mecanismo registrador del cerebro constituyen el sutil hombre interno.

El placer para el hombre reside en la sensación; y una serie infinita de sensaciones es para él la vida. Destrúyase la sensación que hace que desee el perseverar en la esperiencia de la vida, y todo para él desaparece. Por esta razón el hombre que intenta obliterar la sensación del dolor, y que se propone mantenerse en el mismo estado, tanto si sufre como si goza, hiere la raiz misma de la vida, y destruye el objeto de su propia existencia. Debe esto aplicarse lo más completamente que nuestros razonamientos ó nuestras facultades intuitivas nos lo permitan, á cada condición de existencia, hasta al Nirvana, ansiado por los Orientales, que, si es un estado y no una anihilación, no puede consistir sinó en una sensación infinitamente más sutil y más esquisita; porque la experiencia de la vida, según la cual podemos actualmente juzgar, nos enseña que sensación más sutil quiere decir, sensación más viva. Es así que un hombre sensible y de imaginación siente más á consecuencia de la infidelidad ó fidelidad de un amigo, que lo que puede sentir un hombre de la más grosera naturaleza física por medio de los sentidos.

Claro es, por lo tanto, que el filósofo que rehuse sentir, no se reserva lugar alguno de refugio, ni siquiera el distante é inaccesible Nirvana. Puede únicamente negarse á sí mismo su herencia de vida, lo cual es, en otras palabras, el derecho de sensación. Si prefiere sacrificar todo aquello que hace de él un hombre, debe contentarse con una mera inacción de conciencia, lo cual es una condición que si con ella comparamos la vida de la ostra, es esta una vida activa.

Pero nadie es capaz de realizar esto. El hecho de que el hombre continúe existiendo, prueba claramente que desea aún la sensación, y que la desea bajo una forma tan positiva, tan activa, que ese deseo debe ser complacido en la vida física. Parecería más práctico no tratar de engañarse á sí mismo con la máscara del estoicismo, no intentar renunciar á aquello de lo cual nada puede decidirnos á separarnos. ¿No sería una conducta más viril, una manera de resolver el gran enigma de la existencia, abrazarse á él, retenerlo con firmeza, y preguntarle su propio misterio? Si se quisiese tener el trabajo de reflexionar en las lecciones que nos han enseñado el placer y el dolor, se podría descubrir mucho sobre esa cosa estraña que causa aquellos efectos; pero el hombre, poco inclinado á analizar muy profundamente la naturaleza humana, se aparta apresuradamente de todo cuanto puede conducirle al estudio de sí mismo. A pesar de todo, existe una ciencia de vida tan inteligible como cualquiera de los métodos que en las escuelas se emplean; es verdad

que esta ciencia es desconocida, siendo su existencia solamente supuesta é indicada por uno ó dos de nuestros más adelantados pensadores. El desarrollo de una ciencia es únicamente el descubrimiento de lo que ya existe; y tan mágica y tan verosímil es en la actualidad la química para el mozo de labranza, como lo es la ciencia de la vida para el hombre de ordinarias percepciones.

Sin embargo, puede y debe haber iluminado que perciba el crecimiento de este joven árbol, como los primeros experimentadores vieron evolucionar de la naturaleza, para uso y provecho del hombre, el sistema de los conocimientos actualmente adquiridos.

II

Mucha gente trata de desembarazarse del fardo de la vida por medio del suicidio, y un mayor número aún procurarían hacerlo si pudiesen convencerse de que encontrarían el olvido de esa manera. Aquél que hesita antes de beber el veneno, temiendo no llegar sinó á un cambio en el modo de existencia, ó tal vez á una miseria peor en forma y actividad, demuestra ver más lejos que esas almas bastante locas que brutalmente se precipitan en lo desconocido. Las aguas del olvido son algo muy distinto de las aguas de la muerte, y la raza humana no puede extinguirse por la muerte mientras continue obrando la ley de nacimiento. El hombre vuelve á la vida física como el bebedor á la botella, sin saber porque; busca la sensación producida por la vida, del mismo modo que el otro desea la sensación producida por el vino. Las verdaderas aguas del olvido existen lejos, mucho más allá de nuestra conciencia; no podemos alcanzarlas sinó cesando de existir en esta conciencia, cesando de ejercer la voluntad que nos llena de sentidos y de sensibilidades.

¿Por qué la criatura humana no vuelve á entrar en ese vasto seno de silencio de donde salió, á fin de reposar en paz allí, como reposa el feto antes de haber sido alcanzado por la ola de la vida? No lo hace porque ella está hambrienta de placer y de dolor, de alegría y de tristeza, de cólera y de amor. El desgraciado sostendrá que él no desea la vida, y prueba lo contrario viviendo. Nadie le obliga á vivir; el galeote puede permanecer encadenado á su remo, pero su vida no puede ser encadenada á su cuerpo. El soberbio mecanismo que constituye el cuerpo humano es tan inútil, cuando cesa la voluntad de vivir, como una máquina cuyos fuegos se encuentran apagados; y esa voluntad, que mantenemos resuelta y continuamente, es la que nos permite cumplir trabajos que de otro modo nos llena-

rían de desaliento, por ejemplo: los de la inspiración y expiración. Esfuerzos hercúleos como estos, los soportamos sin quejarnos, y á la verdad con placer, con tal de poder existir en medio de sensaciones innumerables.

Y más todavía; la mayor parte de nosotros nos sentimos contentos de ir hacia adelante sin objeto, sin designio, sin la menor idea de un motivo, sin darnos cuenta de la dirección de nuestro camino. Un día sin embargo la humanidad comienza á apercibirse que ella marcha á la ventura; un día le viene la oscura conciencia de que ella trabaja constantemente sin sospechar el fin al cual tienden sus inmensos esfuerzos, y entonces desciende sobre el siglo XIX la desesperación intelectual. ¡Perdido, descaminado, sin apercibir un horizonte, el hombre se hace excéptico á fuerza de desiluciones y de fastidio, concluyendo por hacerse la pregunta, en apariencia incontestable: ¿vale la pena el trabajo de respirar para resultados desconocidos é inconocibles? Pero, ¿son inconocibles? ó para simplificar el problema, ¿no es posible conjeturar su dirección?

III

Esta pregunta hija de la tristeza y del aburrimiento, que nos parecen constituir una parte esencial del espíritu del siglo diez y nueve, es de hecho una cuestión que debe haber sido entablada en todas épocas. Si con la inteligencia nos dirigimos hacia atrás, al través de la historia, sin duda alguna encontraremos que ha sido hecha siempre cuando la flor de la civilización se había abierto por completo, y cuando sus pétalos con dificultad se mantenían unidos. La porción natural del hombre ha alcanzado entonces su mayor altura; ha llevado rodando la piedra hasta la cumbre del monte de la dificultad, solo para contemplarla rodar de nuevo hacia abajo, en cuanto ha alcanzado la cima, como en Egipto, en Roma, en Grecia. ¿Por qué este trabajo inútil? ¿No es suficiente para producir un desaliento y un malestar imposibles de describir, el estar siempre llevando á cabo un trabajo, solo para verlo destruido? Después de todo, esto es lo que el hombre ha hecho al través de toda la historia, todo lo lejos que nuestros limitados conocimientos pueden alcanzar. Una cima existe á la cual llega por medio de inmensos y colectivos esfuerzos, y en la cual resplandece la más brillante eflorescencia de todas las cualidades intelectuales, mentales y materiales de su naturaleza. El colmo de la perfección sensual es alcanzado. Y entonces su energía se debilita, su poder disminuye y desciende al través del desaliento y de la saciedad hasta la barbarie. ¿Por qué no permanece en la cumbre de la montaña

á la cual ha llegado, y mirando los lejanos montes no se resuelve á escalar sus mayores alturas? Porque es ignorante, y viendo un gran resplandor á distancia, baja sus ojos deslumbrados, y vuelve atrás para continuar en la sombría pendiente de su montaña familiar. Todavía ha existido y existe alguno suficientemente decidido para mirar, sin bajar los ojos, y para descifrar algo de lo que en el mismo se oculta. Poetas y filósofos, pensadores y maestros, todos aquellos que son los «hermanos mayores de la raza», han gozado de esta vista de tiempo en tiempo, y algunos de ellos han reconocido en el resplandor confuso, el contorno de las Puertas de Oro.

Estas puertas nos admiten al santuario de la misma naturaleza del hombre, al lugar de donde su vida-poder procede, y en donde él es sacerdote del santuario de la vida. Que es posible entrar, que es posible pasar al través de estas puertas, uno ó dos nos lo han demostrado. Platón, Shakespeare, y unos pocos fuertes más han pasado por ellas, y en enigmático lenguaje nos han hablado de las cercanías de las mismas. Cuando el hombre fuerte ha cruzado el umbral, ya no dice nada más á los que al otro lado permanecen. Y hasta las palabras que pronuncia cuando todavía por ellas no ha pasado, están tan llenas de misterio que únicamente los que siguen sus pasos pueden ver brillar la luz en las mismas.

(*Continuará.*)

PENSAMIENTOS

Tal como el hombre, habiéndose quitado sus vestidos viejos se pone otros nuevos, así el «Señor del Cuerpo» habiéndose librado de sus cuerpos usados se viste de otros nuevos.

(Bhagavad Gitá, 2, 22).

(El Ser humano, en su aspecto más elevado, se llama en las obras sagradas sanscritas: el «Señor del Cuerpo»).

***

Preste tu alma oido atento á cada grito de dolor, como abre su corazón el loto para beber del Sol los rayos matutinos.

***

No permitas al Sol ardiente que seque una sola lágrima de dolor, antes de que tú mismo hayas enjugado en el ojo del que sufre.

Pero deja que caigan en tu corazón las ardientes lágrimas humanas, y que allí permanezcan sin arrojarlas, hasta que el dolor que las causó se haya desvanecido.

*
* *

Si quieres alcanzar dulce paz y reposo, siembra con las semillas del mérito los campos de las cosechas futuras. Acepta las miserias del nacimiento.

*
* *

Mata tus deseos, Lanú, *(Discípulo)* haz á tus vicios impotentes; he aquí el primer paso que hay que dar en la jornada solemne.

*
* *

Antes de que el alma pueda ver, la armonía interior debe ser alcanzada y cegados los ojos carnales á toda ilusión.

La Voz del Silencio.

MOVIMIENTO GENERAL DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

El gran incremento efectuado durante el año último, no tiene precedente en la historia de la Sociedad Teosófica; 64 nuevas Ramas figuran en nuestra lista, siendo el resultado obtenido por los trabajos efectuados por Mrs. Besant y la condesa Wachtmeister, en América, y el gran entusiasmo de Mr. H. Narayanaswamy Iyer en el Sur de la India.

La distribución de las nuevas Ramas es como sigue: Sección India, 15; sección Europea, 8; sección Americana, 37; sección Escandinava, 37; sección Australiana, 2; Nueva Zelandia, 1.

La tabla adjunta manifiesta el total de cartas expedidas anualmente desde la fundación de la Sociedad Teosófica.

Año 1897	429
Año 1896	428
Año 1895	408
Año 1894	394
Año 1893	352
Año 1892	304

Año 1891	279
Año 1890	241
Año 1889	206
Año 1888	179
Año 1887	158
Año 1886	136
Año 1885	124
Año 1884	107
Año 1883	97
Año 1882	52
Año 1881	25
Año 1880	10
Año 1879	2
Año 1878	1

Deduciendo las Ramas eliminadas, tenemos 402 activas. Cinco Ramas antíguas de la sección india, cnyos trabajos estaban suspendidos, han sido revisados por M. H. Narayanaswamy Iyer, durante su visita á las localidades respectivas. Por el contrario, sólo han sido canceladas dos cartas correspondientes á dos Ramas. Las nuevas Ramas radican en los puntos siguientes:

INDIA.—Adiar, Conjeeveram, Dharmapuri, Guntur, Habiganj, Hrishnagiri, Malegaon, Namakal, Palni, Salem, Sivaganga, Satur, Srivaikuntham, Tiripattur, Vaniyambaby.

EUROPA.—Rotterdam, Roma, El Hague, Udardingen, Amsterdam, Niza West, London, Hamstead.

AMÉRICA.—Spokane, Butte, Sheridan, Minncapolis, Streator, Buffalo, dos en Chicago, Brooklyn, Cleveland, Nueva York, Washington, Filadelfia, Topeka, Newark, Denver, S. Diego, Sacramento, Lynn, Galesburg, Omaha, Menomonic, Halamozoo, Jackson, Ann, Arbor, Ellensburg, Clinton, Lily Dale, Dunkirk, Detroit, Green Bay, Rochester, Siracusa, Albany, Boston, Indianópolis, Hansas City, Mo.

AUSTRALIA.—Berth, Mont David.

NUEVA ZELANDIA.—Wangani.

SUECIA.—(Sección escandinava). Sulea.

«Sophia».

BIBLIOGRAFIA

Ha salido á luz el *Cuestionario Teosófico*, escrito en francés por el señor D. A. Courmes y vertido al castellano por Lob-Nor, miembro de la Rama Argentina «Luz».

Todos los principiantes en los estudios teosóficos deben poseer ese libro, el cual resume los conocimientos fundamentales de la Teosofía.

Se halla en venta en las principales librerías de esta Capital.

*
* *

Dentro de breves días debe aparecer traducido al español por Lob-Nor M. S. T. el interesante libro escrito en inglés por la señora Annie Besant, y titulado la «Muerte y el más allá».

Este libro, como lo dice muy bien su traductor, es un libro de consuelo, y debe ocupar un lugar preferente en la biblioteca de todo espiritualista.

El misterio del más allá está tratado en él de una manera magistral y científica.

El libro contendrá el retrato de su autora, cuya reputación de orador y escritor es grande en el mundo teosófico.

IMP. EUROPEA DE M. A. ROSAS, MORENO 423